

EL ORDEN

Los ocho pisos en ascensor parecen una eternidad cuando se está agotado. Necesita un baño de una hora, preparar una comida rápida y una almohada suave en la mejilla. No responderá llamados ni hará caso a ninguna demanda. Sólo está para dedicarse egoístamente a sí misma.

Abre la puerta de su departamento, levanta la correspondencia del piso y enciende la luz. Una fuerte sensación de desorientación estalla frente a sus ojos; sus cosas no están allí, cuando deberían estar. Su mente se precipita como un cuerpo cayendo al vacío y al llegar al suelo, la nada. Un instante de mente en blanco, de imágenes superpuestas y gran confusión. Una idea simple trata de organizar sus pensamientos: se ha equivocado de departamento. La conclusión es rechazada por absurda: el número del piso, la letra del departamento y la llave que funciona. Ni el cansancio puede producir una confusión tan insólita.

Reconoce el lugar, si hasta su olor puede percibirse. Son sus cosas: los sillones de cuero negro, la mesa de vidrio, su cuadro de acuarela, todo. Está reconociendo cada cosa pero ubicadas en un lugar diferente. No tenían esa distribución cuando dejó el lugar por la mañana, nunca lo habían tenido. Siente la presencia de algún intruso, alguien, no sabe quién, pero sin dudas alguien con sórdidas intenciones, como un ladrón. Sale al pasillo. Un vecino podría ayudarla, llamar a la policía o al portero. Pero, ¿es posible que un ladrón se preocupara en redistribuir sus muebles? ¿Eso diría en su pedido de auxilio? ¿A lo mejor un asesino? Debe ser un psicópata, tal vez un asesino en serie, con rituales horribles. Pero, ¿por qué no la había atacado? ¿La estaría esperando en un rincón? No se habían escuchado ruidos, no se escuchan ruidos en este momento, en realidad el silencio es absoluto. Si pide ayuda será mejor encontrar a alguien o el bochorno sería terrible, no volverían a tomarla en serio ¿Qué otra cosa puede ser?, una broma estúpida. Eso debe estar insinuándose como posible, no sería la primera vez que un compañero le juegue una mala pasada. Desde que se mudó a vivir sola, un amigo en especial ha estado fastidiándola con proposiciones disfrazadas de juego inocente. Ella cree que desea hacerle el amor; una mujer viviendo sola anida las fantasías sexuales de cualquier hombre, incluyendo la vejación. Se arriesgará, seguramente, para no quedar en ridículo. También estará

pensando que el ridículo siempre es mejor que ser ultrajada o, tal vez, asesinada. Además estará pensando que detestaría verse como una tonta frente a sus vecinos, quedar clasificada como la miedosa del edificio, como esas mujeres que no pueden estar sin que alguien las proteja. Odia que supongan eso de ella.

Reingresa al departamento muy lentamente. Decidió enfrentar la situación, más por orgullo que por convicción, lo sé. Está muy asustada: creo que su corazón se agita con frenesí; ya no se acuerda del cansancio, está actuando esa especie de analgésico inicial que produce el temor para luego pasar a potenciar un dolor masivo del cuerpo y del espíritu. Tiembla, no puede dominar sus piernas que golpetean entre sí, se caería desmayada si estuviese otro para sostenerla, pero persiste porque sabe que sería entregarse sin resistencia. Trata de ver pero espera no ver nada... La silueta de un hombre robusto aparece desde la oscuridad, erguido frente a ella, amenazante. Retrocede tambaleando y se cae con torpeza; ahora siente que está perdida, intenta levantarse desesperadamente... se golpea la frente con la hermosa mesita vestida que ella misma decoró y vuelve a caer, esta vez boca arriba, con la sensación que el borde de la mesita le quedará dibujada sobre la piel y que ya no tendrá tiempo de escapar. Está tirada. Yo diría que aguarda pero no estoy seguro. Levanta la cabeza y mira con cara de esperar un golpe que viene por el aire; mira mejor y sacude su cabeza, se toma su frente, le duele. Quizás reconoce la silueta y el degenerado se convierte en un sobretodo colgado sobre el perchero de pie (es posible que no lo tenga incorporado pues lo ha comprado recientemente en la feria del Tigre), o de algún otro bulto que deja de ser siniestro. Mira su mano, no hay sangre, es sólo un pequeño golpe. Aún está sentada en el suelo, como si allí se sintiese segura; a lo mejor está dispuesta a perdonar cualquier tontería, con tal que fuese solo eso. Se incorpora despacio, la posibilidad de un ataque se está desvaneciendo. Enciende la luz ubicada en el centro del living... desierto. Se mira en el espejo que está detrás de la puerta... no ha sido nada. Atina a cerrar la puerta pero no lo hace, el temor es enemigo de la certeza. Algo ocurre, las cosas en lugares diferentes, eso debe ser difícil de explicar. Abre la puerta de par en par y comienza a caminar hacia adentro, un poco más confiada. El ventiluz se ilumina. La cocina solitaria y limpia, como nunca había estado. Entonces sólo le queda pensar en su madre, ¿quién otra persona en la tierra puliría hasta la pava?, únicamente su madre. Por supuesto, ahora le está muy claro, su

madre. Ella tiene una llave ¡Maldita la hora en que aceptó dársela! ¿Cómo decirle que no? Pero, ¿es posible que sea tan entrometida? Debe estar diciéndose todo eso, son sus típicos reproches. Se dirige, creo, al baño. Los azulejos relucen, hay un agradable olor a desodorante caro, ella no lo ha comprado. El cepillo dental en su lugar, la toalla cuidadosamente acomodada, sin el sarro de las canillas, ni el moho entre las juntas de los azulejos. Siente que es demasiado, siempre lo siente; no tolera que su madre la trate como una niña. Vuelve al living, su caminar es furioso, cierra la puerta de entrada con un golpe. Toma el teléfono y marca... espera...sigue esperando. No hay nadie. Deja un mensaje en el contestador, un mensaje recriminatorio... corta, enojada. Debe estar pensando en el pésimo momento que le hizo pasar. Así mismo, debe sentirse aliviada y hasta reconfortada por no haber pedido ayuda. No hubiese soportado la vergüenza. Incluso hubiesen pensado que lo hacía para llamar la atención ¿Qué hubiese pasado si salía gritando como una loca? Va a la cocina. Estoy casi convencido que se servirá un vaso de agua helada, siempre lo hace. Considera que no es ese tipo de mujeres, de esas que esperan el auxilio del príncipe. Siempre detestó la galantería sobreprotectora, afirma que encubre el sometimiento y la subestimación de la agasajada. Estaba en lo cierto, tiene un vaso de agua en su mano. No es ayuda sino denigración. Mira alrededor. Le parece extraño estar entre sus cosas conocidas pero en un orden impropio. Se saca sus zapatos y los tira al suelo, luego su pollera y su blusa, ahora el sostén. Se dirige a su cuarto. La cama impecablemente hecha, los zapatos en su lugar, ni una media o ropa interior sobre la alfombra lavada con espuma. La ropa en el armario, distribuida como en los negocios de un shopping. Vuelve con un toallón. La bombacha también habrá ido a parar al suelo. Se mete en el baño.

Pensará que su madre debe considerarla una inútil, que la idea de su independencia le resulta insoportable, que puede vivir su vida sin que ella la guíe. Aunque en ocasiones le pida algunos favores no le da el derecho de hacer lo que le plazca. En parte se había marchado por ese control que la asfixiaba y porque una mujer tiene que ser capaz de sostenerse sin que un hombre le ponga el hombro; no soporta a esa clase de mujeres y no está dispuesta a ser una de ellas. Admite que su madre siempre tiene una solución para sus problemas y que sin su asistencia, todos estos veinticinco años, hubiesen sido difíciles. Pero ha enfrentado la situación sola, y lo ha hecho con

valentía. Con seguridad sentirá ese estado maníaco propio de aquellos que no están acostumbrados a tener éxitos, esa sensación de que ahora todo lo pueden, de que ya no necesitan confirmación alguna. Un ímpetu exagerado y frágil que se hace añicos con la dificultad más insignificante, algo que los acostumbrados al éxito no padecen, sencillamente porque saben que pueden. Se siente valiente y no teme vivir sola. Sus parientes y muchos de sus amigos pronosticaron que no pasaría ni un mes para que retornase a la casa de sus padres. Las primeras semanas pasó más horas en su casa de la niñez que en su refugio adulto. Aún tiene miedo por las noches pero jamás lo admitiría. Algunas veces consigue que una amiga duerma con ella, siempre es bueno una compañía. Su intención era alquilar con otra persona pero todas sus amigas cambiarán de nido el día en que se casen. Extraña a sus padres, pero puede resistirlo. No tiene novio aunque los pretendientes se le han multiplicado, de cualquier manera tiene preservativos en su mesa de luz o por lo menos los tenía hasta hoy. Ella misma ignora cuánto tiempo seguirá sola, siempre habrán buenas excusas para desistir; nada demasiado creíble, lo suficiente como para que los otros puedan asentir.

Muchas noches ha pensado en irse pero su capricho ha podido más que todos los beneficios endogámicos. El silencio le suena a espanto y no es como escuchar los pasos, las voces y los ruidos de sus progenitores desde la oscuridad del dormitorio. Esos sonidos son como ojos que cuidan, basta una simple queja para que la luz se encienda y las voces cálidas y las manos suaves la socorran. Sin embargo puede hacer lo que quiere, aunque rara vez ha hecho algo. Puede comer lo que le venga en ganas, dejar tiradas las cosas si lo desea, tener la vajilla sucia hasta que le dé asco y otras ventajas adolescentes que se repite cada tanto y se las muestra a todos los que quieren desalentarla.

Sale del baño con una toalla enroscada en la cabeza y un toallón cubriendo el torso. Se dirige rápidamente al living y toma el teléfono. Habla, tiene el entrecejo fruncido... Su cara se trasforma, empalidece, sus ojos salen de sus orbitas. Debe ser su madre... Coloca el teléfono en la base, casi como arrojándolo. Se la ve muy nerviosa... recoge la ropa. Ahora se está vistiendo, sus dedos se hacen cada vez más torpes, está apurada, desesperada. No puede colocarse el sostén... lo arroja. Se pone la blusa y mira, esta mirando por el ventanal. Mira con más detenimiento. Creo que está aterrada. Se acerca a la ventana, mira... creo que me está mirando, porque sus

ojos apuntan a mi edificio, hacia esta ventana. Sí, definitivamente se ha dado cuenta de mi presencia, sus gestos rígidos y medrosos me lo están confirmando. Cierra las cortinas, su silueta se ve alejándose.

Estoy convencido que volverá a la casa de sus padres y no regresará al departamento sola. No vivirá más allí. Se sentirá más segura con el orden de su casa, de hecho se tranquilizó cuando supuso que ese reordenamiento era de su madre. Pensará que soy un degenerado, un vouger perverso que disfruta con verla desnuda desde el anonimato. Pensará que soy peligroso y que estoy dispuesto a hacer cualquier atrocidad: filmarla, tal vez seguirla a todos lados y hasta violarla. Suponer todo esto la convencerá que no es tan suficiente, que nunca debería haber salido de su casa y que aún no está preparada. Se mudará cuando se case y tenga a alguien que la proteja de sujetos como yo. Nadie va a criticarla, ni a mofarse de ella; esta es una experiencia que pocos llegan a resistir, con la sexualidad se puede generar más obediencia que con un revolver sobre la sien.

Retornará al ceno familiar, lamentablemente así será. Creo que voy a extrañarla, aunque sabía que esto terminaría, de otra manera jamás cobraría el resto del dinero. No puedo mentir, me causa placer espiar la intimidad y sentir cómo los secretos se descubren ante mí. Es poderoso saber del otro más de lo que éste supone: nunca sabrá que seis personas equipadas se encargaron de limpiar el departamento durante toda la tarde y que, en definitiva, su madre ordena mejor las cosas que ella.

Las luces se apagan. Ya se fue.

Alberto Tello